



La Dussard
24-X-1999
F. G.

Las zapatillas de Donoso

FERNANDO VILLEGAS

634089

En un reciente artículo de prensa, la hija del grande y fenecido escritor José Donoso manifestó su pena por no haber legado «ella y su familia» materializar la idea de convertir la casa donde vivió el artista en una especie de fundación o museo que sirviera para preservar el ámbito físico en que moraba y trabajaba; al contrario, su residencia, situada en medio de un jardín encantador, eventualmente será demolida para construir un edificio. Triste es el panorama que se advierte en esa eventualidad: baldoseros aplastando en cinco minutos la elegante flora que tal vez inspiró más de alguna línea de prosa, en banal tránsito colijando en departamentos simultáneamente decorados de acuerdo a la sintagmática imperante los cascados destinos de 20 ó 30 familias, pieles conyugales puestas unas sobre otras replicando los mismos televisores de 29 pulgadas encendidos a igual hora y un vasto espacio de cemento circundante donde esos futuros deudores hipotecarios a 20 años plazo estacionarán sus autos cercanos.

Pero no hay razón para estrésarse tanto por eso, si bien es comprensible que moleste: porque lesiona el atávico impulso humano por palpar los aspectos materiales de aquello que constituye o interesa por experiencia adquirida personalmente, enseñada o asimilada. Verdad es que a muy pocos les basta con saber que un bosque existe, deleitándose en el puro conocimiento teórico de su belleza, sino normalmente se desea visitarlo, pisarlo, usarlo, estrujarlo y, habiendo oportunidad, incluso llevarse para la casa -¿qué familia en un poco de fin de semana no termina la jornada arrancando flores, hojas, ramas de árboles y todo cuanto puedan ocurrir con la ilusión que se llevan un pedazo de campo?-, pero eso no significa que la vida vegetal dependa de ser no sólo sabida sino también manoseada. Lo mismo con los artistas; de ellos debiera bastarnos con preservar su trabajo haciéndolo nuestro en el intelecto, no hurgando en las peculiaridades y trastos de su vida doméstica. Esto último es anecdótico y aunque legítimamente despierta curiosidad, es asunto prescindible. Lamentablemente ocurre que para la mayoría de nuestros hermanos en Cristo, como para los niños, el único modo que conocen de acercarse a la realidad es tocando, a menudo destruyendo. Recuerdo el caso de una huilena que quedé atrapada en un banco de mar del sur de Chile. Como era de esperarse, a los lugareños no les bastó admirarla a la distancia; de inmediato organizaron picas para navegar sobre ella en lanchas a motor, hostigándola con palos, arrojándole piedras y finalmente liquidarla cuando una huilca le raspó el vientre; de esa manera se apropiaron de ella convirtiéndola en cosa, objeto íntimo, en cualquier, del cual naturalmente usó quien sacó una presa. Con las artes sucede algo similar, aunque menos letal y bochornoso. A Beethoven el vulgo no lo palpa con sus ojos y su mente, pero como tampoco lo puede joder tocándolo con

palitos como se hace con los aríndes en el zoológico, menos mutarlo por segunda vez para embalsamarlo y ponerlo sobre la chimenea, en subsidio nadie que vaya a Viena deja de hurgar en el departamento que habitaba y salir con arrobo la bocina donde ocupó y hacia qué. Y de quienes visitan el Museo de los Inválidos, en París, ¿quién conoce el código de Napoleón, las reformas administrativas que impulsó o siquiera el detalle de las botellas que ganó y perdió? Pero nadie deja de acercarse en rostro al punto de tocar con la nariz el vidrio de las vitrinas para mirar el detalle de la ropa interior de lana en que enfundaba sus cortas piernas el glorificado mariscal. Es para satisfacer esa vicia indagación que los museos históricos de todo el mundo no son sino un heterogéneo acopio de vestuario, artículos de aseo personal y cachivaches varios de sus "Grandes Hombres". En el caso de líderes políticos y militares, ese afán por hurgar en su óbito tiene excusa por la futilidad misma de las obras que cumplieron; es como si la conciencia colectiva adviniera oscuramente la necesidad irremediable de casi todos los tipos que aparecen en los libros de historia y se concentrara, con razón, en el aspecto meramente decorativo de sus existencias para, de ese modo, satisfacer al menos la curiosidad, única emoción que pueden suscitar, ya que no admiración. Ese impulso, sin embargo, está fuera de lugar cuando el personaje es un creador. En este caso lo que interesa es la obra y todo lo demás pasa a segundo plano; no sólo la estela de bienes materiales que dejaron al fallecer, sino incluso las peculiaridades de sus personas son en verdad de poca monta: importan cuanto más a sus seres queridos y a ese eterno espécimen del mundo literario-histórico, el biógrafo. Un creador en tanto que Hombre no es más ni menos que un hombre, es decir, la habitual colección de defectos y pequeñeces sazonada con alguna virtud útilida. ¿Requiere entonces una figura de las letras un título erigido a base de sus efectos personales? ¿Necesitamos nuevos Santos Lúgares? Bastan y hasta sobran los de Neruda, a los cuales sus fieles van en procesión.

Lo que vale de Donoso es la exquisita ambigüedad de sus mundos sofisticados, destilicentes, no la mágnata de escribir que usaba para ponerlos en un papel. Por lo mismo, si su estudio en el segundo piso de su casa con bajo el cielo, nada se pierde; si se convierte en suerte de cripta para la adoración postuma de su persona, nada va a ganarse. Flaco servicio se le hace mostrando tanta preocupación por lo íntimo: es como decir que no será recordado sino vemos periódicamente, en un tour cultural, sus zapatillas de levantarse. Creo que Donoso tiene otros méritos para cierta intocabilidad.

**Fernando Villegas es sociólogo y comentarista de prensa y televisión.*

Las zapatillas de Donoso [artículo] Fernando Villegas

Libros y documentos

AUTORÍA

F.V.D.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las zapatillas de Donoso [artículo] Fernando Villegas

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile